

Racismo y fútbol en Gran Bretaña

Dra. Christine Ayorinde
Profesora y Escritora



Apartir de 1970, los jugadores negros han emergido fuertemente en el fútbol inglés. Como también ocurre con otros deportes, el balompié ofrece a los más talentosos jóvenes de raza negra una oportunidad de movilidad social. Hoy, de un 25 a un 30% de los futbolistas profesionales

en Gran Bretaña son negros, predominantemente de ascendencia afrocaribeña.

Sorprendentemente, su presencia en el fútbol británico no es un fenómeno reciente. Arthur Warton se convirtió en el primer futbolista profesional negro cuando se unió al Rotherham United, de portero, en 1889. Antes de integrar las filas de este equipo,

jugó como semiprofesional con el norteño Preston, un equipo que ganó las semifinales de la Copa de la Asociación de Fútbol en 1887. Sin embargo, a pesar de su capacidad atlética, Wharton no fue elegido para jugar por Inglaterra. Fue casi un siglo después, en 1978, que Viv Anderson, del Nottingham Forest, se convirtió en el primer jugador negro escogido por el equipo nacional.

Tristemente, el aumento en el número de futbolistas británicos negros se vio acompañado por la hostilidad y la burla de las multitudes que asistían a los juegos. Gritos colectivos, cánticos y comentarios racistas eran comunes, así como gruñidos y gestos simiescos. A los jugadores negros les lanzaban plátanos y cacahuetes. Los fanáticos del fútbol no sólo exhibían este comportamiento negativo ante equipos rivales, sino contra los jugadores de sus propios clubes. En su forma abierta, en los asientos de los estadios, y en su forma institucionalizada, dentro del sistema directivo, el racismo aún constituye el lado oscuro del fútbol.

Grupos derechistas han cortejado a los fanáticos del fútbol por sus demostraciones de racismo desde, por lo menos, la década del treinta. Sin embargo, no fue hasta los años setenta que grupos como el Frente Nacional (NF) y el Partido Nacional Británico (BNP), alcanzaron prominencia: el gamberrismo –la violencia entre fanáticos y el comportamiento antisocial– fue identificado como un creciente problema. Los grupos derechistas y los medios de comunicación explotaron los tradicionales vínculos entre el fútbol y los hombres blancos de la clase trabajadora. Por ejemplo, la prensa sensacionalista en particular instigó la xenofobia y el racismo. La gente negra fue vista como una amenaza a “la forma de vida británica”. Durante décadas, los gobiernos británicos también expresaron su preocupación por la inmigración no blanca,

y las áreas donde se jugaba al fútbol ofrecieron a las formaciones derechistas un ambiente idóneo para reclutar partidarios. Estos grupos fascistas y racistas usaron los juegos de fútbol como plataforma para obtener publicidad gratis cuando los incidentes eran reportados en los medios de comunicación.

Después de 1970, el NF animó a grupos gamberros a competir por el título de “la opinión más racista en Inglaterra”. En los años ochenta, Chelsea, en el sur de Londres, se convirtió en el centro de la actividad racista y extremista. Miembros del NF distribuyeron folletos fuera de los campos de fútbol, principalmente en Chelsea, Millwall, Arsenal y West Ham, en la capital inglesa. Afiliados del NF y del BNP distribuyeron literatura racista en torno a los encuentros entre el Leeds United y el Newcastle United. Copias de la revista del NF, Bulldog, eran vendidas abiertamente en muchos clubes de fútbol durante esos años. La publicación, que fue lanzada en 1977, incitaba a sus lectores a pelear “por la raza y la nación”.

Hoy día, comentarios sobre la sexualidad, el físico y la raza integran el lenguaje común de las gradas y vestidores futbolísticos. Hasta entre los jugadores, bromas racistas hacia sus mismos compañeros de equipo son aceptadas en función de unificar el conjunto. Por ejemplo, en abril de 2004 Ron Atkinson, entrenador y antiguo gerente del Manchester United y del Aston Villa, fue escuchado después de un juego haciendo comentarios racistas sobre un jugador negro del Chelsea. Pensando que no estaba en el aire, Atkinson llamó a Marcel Desailly “maldito negro perezoso”. Su comentario fue oído en algunos canales del Medio Oriente que transmiten programas en vivo después de que los canales comerciales de la televisión británica han terminado sus transmisiones. Sin embargo, durante su carrera como entre-

nador –particularmente en West Bromwich–, Atkinson impulsó la carrera de algunos jugadores negros, incluyendo a Cyrille Regis, Brendan Batson y Laurie Cunningham.

El medio ambiente racista que rodea al fútbol, tanto fuera como dentro del campo, refleja una realidad social más amplia. Así, la creencia de que razas diferentes desarrollan habilidades atléticas e intelectuales diferentes, no ha sido fácil de combatir. Se cree que los jugadores negros tienen una ventaja biológica, un talento natural. Sin embargo, se asume que son demasiado instintivos e indisciplinados y muestran una capacidad intelectual limitada. Estos estereotipos han afectado las posiciones que se les han asignado en el campo de juego. Además, han limitado las posibilidades de los jugadores negros de acceder a puestos directivos cuando sus carreras como atletas terminan. Tristemente, ellos sólo han dirigido clubes de fútbol desde 1993. Actualmente, sólo hay tres gerentes negros en el balompié británico –Leroy Rosenoir, Keith Alexander y Carlton Palmer–, más un pequeño número de entrenadores. Los entrenadores blancos de fútbol, gerentes y oficiales superiores, se reclutan a su imagen y semejanza: blancos y de mediana edad. La forma personal e informal con que se llevan a cabo las contrataciones hace difícil el monitoreo y el cuestionamiento de su naturaleza prejuiciada.

Durante los años ochenta, Gran Bretaña parecía haber exportado el gamberrismo futbolístico a la Europa continental. Esta década fue testigo de la propagación de incidentes racistas por parte de los fanáticos del fútbol. Por ejemplo, en 1984 fanáticos ingleses borrachos en París, incluyendo seguidores del NF, atacaron a fanáticos locales, destrozaron propiedades y se burlaron de los franceses con insultos racistas y nacionalistas. Grupos derechistas que seguían al equipo

nacional inglés vieron una oportunidad para expresar su nacionalismo y xenofobia. Los saludos y símbolos nazis eran comunes cuando Inglaterra jugaba en otros países. Poco se hizo contra esto a pesar de las promesas hechas por el gobierno y las autoridades del fútbol de que se investigarían los vínculos entre las organizaciones racistas y los fanáticos. De hecho, en 1984 se distribuyó literatura xenófoba en el Estadio Heysel, en Bruselas, antes de la Copa Final Europea. Hubo acusaciones de que simpatizantes del NF habían incitado la violencia de los espectadores, lo cual culminó con 39 fanáticos, mayormente italianos, masacrados durante una estampida.

La violencia relacionada con el mundo del fútbol es evidente en muchos países europeos. El abuso contra jugadores negros y de otras minorías étnicas es común, especialmente en Holanda, Bélgica, España, Alemania, Italia y Francia. Las agrupaciones neonazis y neofascistas también apuntan a los campos de fútbol. Alemania se ha ganado una mala reputación por el abuso racista y la influencia derechista entre sus fanáticos. En Italia, en los campos de la Lazio en Roma, los fanáticos abuchean y se burlan de los jugadores negros de equipos rivales. En diciembre de 2004 un delantero de la Lazio, Paolo Di Canio, hizo el saludo fascista en dos ocasiones durante los partidos. Fue suspendido en una ocasión y le impusieron una multa de 10,000 euros, suma miserable para uno de los mejores jugadores de la Liga Italiana.

En general, los profesionales del fútbol no permiten que el abuso racista interfiera en su juego; al contrario, a veces reaccionan directamente contra los fanáticos que se comportan de esta manera. Cuando Dixie Dean, un delantero central del Everton, escuchó comentarios racistas mientras salía del campo durante el descanso de un partido en



Londres, en los años treinta, reaccionó pegándole un puñetazo al ofensor. También John Barnes en los ochenta, jugando para el Liverpool, pateó un plátano que habían arrojado al campo. Adicionalmente, en 1995, Eric Cantona, un popular futbolista –francés y blanco– del Manchester United, atacó a un fanático del Crystal Palace que le gritaba ofensas y le escupió. Cantona recibió una sentencia de dos semanas que luego fue reducida a 120 horas de servicio comunitario. Este incidente llamó la atención de los medios de prensa sobre la situación de los jugadores sometidos a expresiones de racismo y xenofobia durante los juegos de fútbol.

En los años ochenta, Inglaterra se empeñó a preocupar por los niveles de racismo y de gamberrismo en el fútbol. Esta preocupación se agudizó con las confrontaciones violentas entre fanáticos, en el país y fuera de él, durante las cuales muchas personas perdían la vida. En febrero de 1984 el Comité de Igualdad Racial (CRE), la Asociación de Seguidores de Fútbol (FSA), y la Asociación Profesional de Futbolistas (PFA) lanzaron iniciativas para intentar terminar con el racismo en los campos de juego, así como para animar a las minorías étnicas a asistir a los encuentros. La propagación de la extrema derecha en el ámbito futbolístico y otras áreas de la vida, en los años setenta, había conducido a grupos como la Liga Antinazi

(ANL) a vincularse más a los fanáticos del fútbol. Miembros de la ANL cuestionaban la venta de literatura racista dentro y fuera de los campos de fútbol. Sin embargo, estas iniciativas recibieron poco apoyo de los clubes profesionales, y algunos hasta prohibieron la entrada de la ANL a sus estadios.

El Acta (de Ofensas) del Fútbol de 1991 declaró ilegales los cánticos racistas en los juegos, pero el hecho de que esta directiva sólo aplicara a las expresiones en grupo permitió que individuos aislados gritaran sus ofensas raciales con impunidad. En 1993, el CRE y la PFA lanzaron la campaña “A patear el racismo fuera del fútbol”. Estos grupos querían animar a los clubes de fútbol y a sus seguidores a que lanzaran sus propias campañas para combatir el racismo. Algunos puntos claves enumerados en su plan de acción incluían: (a) declarar que su club no toleraría el racismo, (b) actuar contra los seguidores que participan en ofensas raciales, cánticos o intimidación, (c) actuar disciplinariamente contra los jugadores que hicieran comentarios raciales ofensivos antes, durante y después de los partidos, (d) prevenir la venta de literatura racista en los campos, y (e) adoptar una política de oportunidad equitativa en referencia a los empleos y el área de los servicios. La campaña tuvo gran apoyo, sólo uno de los clubes profesionales no la secundó. Una revista llamada Kick It! fue publicada con capital de los Fondos del Fútbol para ayudar a esta campaña. Revistas para los seguidores de cada uno de los equipos de la Liga Inglesa fueron editadas a mediados de los años ochenta. Ahora, estas publicaciones son casi todas antirracistas y, en algunos casos, son producidas por asociaciones anti-racistas.

De 1995 a 1996, la campaña “A patear el racismo fuera del fútbol” dio lugar al Grupo Consejero en Contra del Racismo y la

Intimidación (AGARI) y, en 1997, se convirtió en la campaña “Pátele fuera”. Aunque ésta sea una campaña independiente, recibe fondos del CRE y de las organizaciones de fútbol. En 1997 la PFA, el CRE, la Asociación de Fútbol y la Comunidad Europea promocionaron un video antirracista, “Sácale tarjeta roja al racismo”¹, en la que aparecían los mejores jugadores de fútbol. El video fue presentado en todo el país y en Europa. Adicionalmente, algunos clubes ofrecieron posiciones de entrenador a representantes de minorías étnicas y han tomado medidas para eliminar el racismo en los campos.

Al igual que en Gran Bretaña, en otros países europeos se han iniciado campañas para combatir el racismo en el fútbol. De esta manera, varios jugadores en Holanda hicieron una huelga para protestar contra la segregación. A los árbitros, por su parte, se les permitió parar un juego por exceso de ruido u ofensas excesivas de parte de los fanáticos. Además, en 1999, por iniciativa de grupos de seguidores de diferentes partes de Europa, fue instituida una red llamada Fútbol Contra el Racismo en Europa (FARE), para combatir la discriminación en los estadios y en los clubes. En 2002 FARE proveyó a la Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (UEFA) con un plan de acción para asistir a las asociaciones nacionales, clubes y ligas en la prevención y el combate al racismo. La UEFA estableció el “Esquema de Juego Limpio” e introdujo multas y prohibiciones para entrar al estadio por comportamiento xenófobo, aunque dichas estipulaciones usualmente no se llevan a la práctica. La FIFA (Federación Internacional de Asociaciones de Fútbol) convocó a una conferencia antirracista en Buenos Aires, en el año 2001.

A pesar de que estas actividades han desencadenado cambios –pequeños pero

importantes– en la cultura del fútbol, el progreso es lento. Muchos casos contra el abuso racial tienen que ser abandonados por falta de evidencias. Algunos jugadores que reaccionan con enojo a las ofensas de otros miembros de su equipo se arriesgan a que les digan que no pueden soportar una broma y a experimentar el aislamiento. Es difícil probar que la motivación racial está detrás de alguna decisión de no contratar a un candidato negro para una posición gerencial. Por ejemplo, a Paul Davis, un antiguo jugador del Arsenal con siete años de experiencia como entrenador, se le escatimó una posición más alta, la que finalmente fue ofrecida a un candidato blanco con menos experiencia. Cuando Davis cuestionó la decisión, le dijeron que no tenía la “personalidad” correcta para el trabajo. El miedo a las represalias y a relaciones negativas futuras con sus clubes persuaden a menudo a los jugadores y gerentes negros de quejarse de los incidentes racistas o de llevar a los clubes a la Corte.

Mucha gente podría afirmar que, a partir de los años noventa, el problema del racismo en el fútbol se ha resuelto en Inglaterra. Los medios de comunicación ingleses resaltan ahora incidentes raciales ocurridos en otros países europeos. Una de las razones es que, gracias a algunas de las medidas tomadas, la ofensa a los futbolistas en los estadios de Gran Bretaña está menos extendida de lo que lo estaba en 1970 y 1980. Sin embargo, como dijo John Barnes –a quien le tiraron plátanos y quien fue ofendido por seguidores del NF durante sus años como jugador–: “Cuando uno habla de patear el racismo fuera del fútbol, la gente asume automáticamente que uno está hablando de los estadios y campos de fútbol. Pero todo lo que tienen que hacer los racistas es mantener sus bocas cerradas durante los 90 minutos que dura el partido, y están bien todos”².

Ha habido un aumento evidente de jugadores negros en el fútbol profesional. El equipo inglés que acudió a la Copa del Mundo de 2002 incluyó a cuatro o cinco jugadores negros, y la entrenadora del equipo femenino de Inglaterra, Hope Powell, es de raza negra. Estrellas negras del fútbol sirven como modelos para jóvenes negros. Los equipos multirraciales de fútbol representan a una sociedad multirracial donde el talento es lo decisivo para determinar quién juega en el equipo nacional. No obstante, en contraste con el aumento de jugadores negros, en Inglaterra todavía hay muy pocos futbolistas profesionales asiáticos, y ello a pesar de la popularidad del juego entre los asiáticos jóvenes³. Esto refleja los estereotipos de su incapacidad física y de su supuesta falta de interés en el balompié. A aquellos que sí lo juegan, las presiones de índole racial los han forzado a integrarse en ligas segregadas.

Otro asunto inquietante es la escasa asistencia de las minorías étnicas a los estadios. Ello indica que los clubes todavía tienen que convencerlas de que no van a encontrarse con el racismo en los campos de fútbol. Además, se estima que menos del 1% de los fanáticos británicos son negros o asiáticos, una proporción que está muy por debajo del porcentaje que representan a nivel de la población del país. Hasta en áreas de alta densidad de población no blanca, la asistencia a los partidos es baja. Así, los clubes de fútbol que se involucran activamente en las comunidades de minorías étnicas tienden a soportar una menor cantidad de racismo. Cuando el West Bromwich Albion, reconocido club de fútbol británico, se estrenó como pionero en la contratación de futbolistas negros a finales de los años setenta, se atrajo el apoyo local negro.

Los cambios de infraestructura en los campos de fútbol también han sido impor-

tantes como forma de animar a más negros y asiáticos a asistir a los partidos. Tradicionalmente, durante los encuentros la mayoría de los espectadores permanecían stands, que en inglés significa mantenerse de pie. Después de algunos incidentes en los que los asistentes fueron aplastados por otros fanáticos en estampida, los campos con asientos en todas las áreas se hicieron comunes. Sin embargo, a pesar de estas transformaciones el número de espectadores de minorías étnicas aún se mantiene bajo.

Las campañas entre los fanáticos sin duda han conseguido crear una atmósfera más propicia en algunos clubes de fútbol. No obstante, ciertas declaraciones irresponsables hechas por políticos sobre el tema de la inmigración no blanca y las repercusiones de los sucesos del 11 de septiembre del 2001, en Estados Unidos (9-11), han afectado aquellas iniciativas que tienen como objetivo mejorar las relaciones raciales en Gran Bretaña durante el nuevo milenio. También está claro que hasta ahora no se ha intentado seriamente enfrentar el racismo institucionalizado dentro de los clubes de fútbol. En el fútbol, como en la sociedad en general, no parece que el racismo esté a punto de desaparecer.

NOTAS

1- Con la tarjeta roja, el árbitro sanciona al jugador infractor expulsándolo del campo de juego.

2- Véase The Observer (21 de noviembre de 2004).

3- En Inglaterra, el término “asiático” se refiere a aquellos individuos de ascendencia india.